

## PRÓLOGO

D. José Emilio Cabra Meléndez, pbro.  
Seminario Mayor de Málaga

Querido José Emilio:

Me pides que prologue tu libro. Lo hago a modo de carta porque me parece más amical, más directo y entrañable en comunión con tu ministerio y con los sacerdotes que encontrarán en tu trabajo una orientación segura y estimulante para su misión y para ayudar a sus hermanos sacerdotes con frutos parejos. Y lo hago con el gozo inmenso de haber compartido en el recoleto telar de nuestra comunidad de Comillas el don de nuestra vocación sacerdotal mientras ibas entretejiendo este trabajo académico, que ahora se convierte en un generoso servicio ministerial a nuestros hermanos presbíteros. Las alegrías por el don recibido y renovado cada día en la eucaristía, los anhelos por un ministerio incisivo y evangélico en esta hora de nuestra Iglesia, y las preocupaciones por el contagio de una pesadumbre del mal espíritu que nos puede atacar, las hemos compartido en el reservado de nuestros coloquios.

Me alegro ahora de nutrirme yo mismo de cuanto sirves a nuestros compañeros y amigos. Has recogido de modo muy completo y articulado la reflexión anterior y posterior al Concilio sobre el ministerio ordenado, su espiritualidad y la pedagogía de su acompañamiento en el Espíritu, centrada en una revista emblemática que supo integrar las mejores contribuciones.

De hecho, la reflexión en la Iglesia sobre el fundamento, la naturaleza y la espiritualidad de los diversos caminos vocacionales cristianos es un fenómeno tardío. El proceso sistemático arrancó en el Vaticano II y fue especialmente rico por lo que respecta a la comprensión del laicado, de la vida religiosa y del ministerio ordenado, en la perspectiva de la comunión del único pueblo de Dios.

Entre el XIX y el XX se dieron en España una pléyade de santos pastores que nos dejaron su vigoroso testimonio sobre el carácter cristocéntrico y eucarístico de la vida sacerdotal. A ello se unieron más tarde teólogos que se esforzaron

por rescatar la especificidad de la espiritualidad sacerdotal en sí misma. Un empeño que en la segunda etapa del postconcilio ha quedado más eclipsado.

Tu trabajo, José Emilio, tiene una pertinencia eclesial de gran importancia. Si recoges y sistematizas la vigorosa reflexión acometida antes y después del Concilio, no es para hacer una operación de restauración museística, sino porque constituye el punto de partida de un relanzamiento de la misma en un contexto social y eclesial bastante diferente. Un contexto en el que los presbíteros necesitamos urgentemente engolfarnos en el fundamento cristológico y eclesial de nuestro ministerio y volver sin títulos prestados al manantial de vida para nosotros mismos y para el pueblo de Dios que mana de esa raíz. No se trata de sustraer a laicos y consagrados su lugar y sentido, bajo la tentación de un nuevo clericalismo. Se trata, por el contrario, de acendrar la identidad evangélica del pastor, que a partir de su gozosa vocación de servicio ayudará a devolver a los fieles el color de su propia vocación y porfiará por ayudar a descubrir a los infieles el tesoro del Evangelio.

Reconciliar a los pastores en Cristo con su vida y misión es un servicio de enormes repercusiones eclesiales. Un sacerdote alicaído que se convierte un centro de preocupación de la comunidad subvierte el sentido de su llamada divina a ser rodrigón de los mellados por la desesperanza y el desamor, a ser padre amoroso de los dolientes y maestro paciente de la ciencia del vivir según el sueño de Dios. Un sacerdote «celoso», según aquella expresión del salmo 69,9 — «el celo de tu casa me devora» —, es un hombre arrebatado por el cuidado del pueblo que le ha sido confiado, con cuya suerte se identifica a las duras y a las maduras. Prender este fuego en el corazón del pastor significa al mismo tiempo encender la comunidad entera de un amor que estrecha lazos, abate barreras y sale en busca de los que están a la intemperie.

La pertinencia de tu trabajo, amigo José Emilio, no es solo circunstancial; lo es sobre todo por su carácter esencial. No en vano te has formado en el seminario levantado por san Manuel González. El título lo pone de manifiesto: *Amigos del Buen Pastor*. No nos has embaucado con fórmulas espectaculares de evangelización, ni nos has entretenido con constructos ideológicos sobre el liderazgo. Tu trabajo nos lleva suave, pero firmemente, a la entraña de nuestra vida, al vínculo de amor con Cristo, fundamento de cuanto somos y de cuanto queremos emprender.

¿No es precisamente la mengua de ese vínculo místico lo que conduce al apagamiento de nuestra conciencia ministerial? ¿Y no es precisamente esa la

llama que hace suave y llevadero el yugo del Señor, el secreto gozoso de un corazón celibatarío, la demasía de un servicio sin límite de tiempo y el solo emolumento de las vidas que se rehacen?

Jesús enseñó a los apóstoles lo que era compartir su ministerio de redención no a través de tediosos planes teóricos, ni con una educación de valores abstractos, sino a través de la vida compartida con él. Por eso la llamada vocacional apostólica (cf. Mc 3,14) contiene una primera invitación —*estar con él*—, sin la que la condición de operario apostólico deja de tener sentido. Porque «predicar y curar», por usar el binomio de los sumarios apostólicos, significa hacerlo al modo de Jesús, conducidos por él, configurados con sus preferencias, con una unión de tal naturaleza que el instrumento apostólico es realmente *tomado* por Aquel que detenta la única autoría de la verdadera transformación del hombre y de su redención. De ahí aquel tremendo «desvinculados de mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5). Y aquel único imperativo testamentario del Señor: «Permaneced en mi amor» (Jn 15,9).

Vuelvo al embeleso de tu título: *amigos* de Jesús. Lo usó el Señor para designar el carácter de su relación con los apóstoles (cf. Jn 15,14-15). No tienen con Jesús una relación contractual, o simplemente subalterna propia del siervo, del empleado, del funcionario, del obrero por cuenta ajena. Los eleva a un modo de relación atravesado por un fuerte vínculo afectivo: φίλος. Con este título no desaparece la forma «servicial» del ministro —llamado a «servir y no a ser servido» (Mt 20,28), a imagen de aquel cuya identidad mesiánica está unida a la del Siervo (cf. Fil 2,7)—, pero deja de ser el título más sustantivo en favor del vínculo de amor que lo explica y conforma.

Nuestra forma cultural de entender el título de la amistad seguramente no da razón cabal del título dado por el Señor a los apóstoles. Se trata de una relación particularmente estrecha y significativa, que configura un ámbito relacional marcado por la empatía y la inteligencia emocional. El paradigma de Juan el Bautista lo explica dejando a Jesús el título del novio-esposo y aplicando al precursor el título del «amigo del esposo», es decir, la figura de aquel amigo entrañable que arregla las cosas en favor del esposo en un asunto tan delicado como es la boda (cf. Jn 3,29).

Ya Abraham es presentado como el «amigo de Dios» (Sant 2,23). El padre de los creyentes es asociado por la fe a una relación particularmente estrecha con el Señor. La fe se presenta no tanto como una convicción ideológica sino como una confianza amical que recibe sin reservas lo que el amigo verdadero le propone. En Cristo esa relación adquiere una forma más entrañable aún según el dictado

del corazón humano, porque en la humanidad del Verbo se ha escanciado entera e inmediatamente la misericordia divina de tal suerte que la relación de amistad con él se expresa al modo humano de Jesús y se asienta en el discípulo como el vínculo humano más significativo y plenificante. Un vínculo que estructura toda la inteligencia emocional del sujeto.

El pasaje de Jn 15,9-17 despeja todo equívoco de ese título y lo propone con una radical singularidad. No se trata de un vínculo afectivo caprichoso, que se mueve al albur de los propios intereses y apetencias. El amigo es aquel por quien se da la vida (v.13); por tanto, es un amor que lleva a un compromiso total, de por vida, incluyendo la propia vida. Aunque se expresa de un modo humano con los armónicos más entrañables y subyugantes de la afectividad humana, su paradigma y su fuente es divina: es el amor del Padre manifestado en la caridad de Cristo (v.9). Se trata, pues, de un vínculo de amor a lo Jesús que incluye cumplir el proyecto de quien nos ama (v.10). Se percibe como una experiencia de verdadera plenitud que apaga el hontanar del deseo (v.11). La hemos llamado relación de inteligencia emocional, por cuanto por afinidad se nos ha abierto el misterio de lo que Dios pretende (v.15). Es una experiencia de amor fuertemente expansiva que se verifica en la pasión por el bien de los hermanos (v.12). Con un servicio generoso y gratuito desde el propio desprendimiento (v.13). Que se alimenta desde la misteriosa iniciativa divina (v.16). Y se consume en el círculo de dar y recibir amor (vv.9.17).

Amigos del Señor. Y con la vida, el acompañamiento —y la aportación de tu escrito— ayudar a que otros lo sean. ¿Acaso cabe buscar algo mejor para nuestros hermanos? El amigo de Jesús cumple por amor las bienaventuranzas, lo busca para colokuar de madrugada y de noche y reparar su corazón cansado; predica no de ideas aprendidas, sino de lo que ha sentido y gustado; se compadece de los que sufren y no pasa de ellos, porque en ellos se abraza a su mismo Señor, y arracima cada día en la eucaristía cuanto tiene para ofrecerlo al Amigo que ha dado la vida por nosotros.

Dulce vida la del amigo de Jesús. Y dulce la de aquellos que ayudan a otros a procurarla. ¡Qué suerte la nuestra, José Emilio!

Germán Arana Beorlegui, S.J.  
Madrid, 29 de junio de 2017  
Solemnidad de san Pedro y san Pablo

## PRESENTACIÓN

### 1. El porqué de este estudio

Estas páginas nacen de una inquietud personal. Nos animan a escribir las palabras del papa Francisco que recuerdan que «la reflexión, para nosotros, debe siempre partir de la experiencia»: la nuestra es una «fe-camino, una fe histórica»<sup>1</sup>. Este camino, en el ministerio de quien escribe, se ha desarrollado en el entorno parroquial, desde comunidades pequeñas y modestas del mundo rural a unidades parroquiales urbanas; y más recientemente, en el acompañamiento de los futuros sacerdotes. Las parroquias y el Seminario han supuesto un descubrimiento constante y asombrado del paso de Dios por la vida de las personas, generalmente de la manera más sencilla.

Para el aprendiz de pastor, la vida cotidiana de la gente, la posibilidad de conversar sobre su experiencia de fe y de proponer una palabra —ojalá— oportuna han constituido una de las mejores escuelas del Buen Pastor y uno de los ejercicios más enriquecedores del ministerio. Para quienes se acercan, el diálogo ofrece una ocasión de compartir los gozos y las dificultades del seguimiento o simplemente de ser escuchados.

No hace falta insistir en los obstáculos que encara hoy el cristiano europeo, ya sea el joven que empieza a conocer a fondo a Jesús y no encuentra compañeros que comprendan su entusiasmo, el matrimonio que se esfuerza en transmitir la fe a sus hijos o el profesional que tiene que decidir en situaciones complicadas. La soledad es uno de los grandes adversarios del creyente. Necesita «creer con otros», reconocer rostros que, en medio del anonimato de la ciudad, hayan descubierto la fe en el mismo Señor. Ahí encuentra su espacio el acompañamiento espiritual, oferta valiosa de la Iglesia

---

1 Cf. A. SPADARO, «Entrevista a Papa Francisco», *La Civiltà Cattolica* 3918 (2013) 474-475.